

La ambigüedad nacionalista de Ramiro de Maeztu

Andrés de BLAS

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Working Paper n.71

Barcelona 1993

La personalidad intelectual de Ramiro de Maeztu tiene atractivo suficiente como para justificar el mantenido interés en sus escritos, tanto los correspondientes al momento conservador-reaccionario como a su etapa de juventud (1). Siendo evidente el corte ideológico explicitado en su ensayo La crisis del humanismo (1916), una inflexión en su pensamiento seguramente más importante que la representada por su posterior descubrimiento de la Hispanidad y la tradición española, durante mucho tiempo se seguirá hablando con fundamento de las notables continuidades entre el rebelde finisecular y el "caballero de la Hispanidad". Porque la explícita renuncia al liberalismo que se abre camino desde la primera guerra mundial en los escritos de Maeztu, coexiste con un macizo de ideas y actitudes visible en cuarenta años de desenfrenada actividad periodística y ensayística.

Este desenfreno en su trabajo intelectual es un elemento clave para comprender y para justificar los límites de su obra. Maeztu escribió más de quince mil artículos a lo largo de su vida, lo que le coloca, de pleno derecho, en el lugar más destacado del pelotón de "Jornaleros de la pluma" de las letras españolas. En todo momento y lugar resulta tarea en extremo complicada hacer compatible tan arduo medio de vida con el sosiego indispensable requerido por una seria reflexión intelectual. Repeticiones, paradojas, contradicciones, egolatría, superficialidad e improvisación tienen que ser males obligados en quien está sujeto a la obsesiva e implacable cita cotidiana con las cuartillas en blanco. El talento y la información de Maeztu no ofrecerán resistencia suficiente a los riesgos derivados de la esclavitud de un peculiar periodismo, hoy ya prácticamente desaparecido, máxime cuando esta esclavitud no se suavizaba en su caso por la fortuna personal, la cátedra o el empleo burocrático de otros intelectuales españoles de aquellos años. Su cosmopolitismo y el calado de algunas de sus lecturas filosóficas, cuestiones que no voy a considerar aquí, no ocultan por otro lado el perfil de un autodidacta expuesto, por la naturaleza misma de las cosas, a los vaivenes de juicio y opinión menos probables en personalidades intelectuales de formación más convencional.

En relación al tema que ahora quiero abordar, el nacionalismo, me parecen perceptibles unas significativas líneas de continuidad a lo largo de su obra. En Maeztu es visible, desde el inicio mismo de su actividad periodística a sus últimos escritos, una marcada hostilidad hacia los nacionalismos de signo periférico de la vida española. Más interesado por razones obvias en el caso vasco, nacionalistas catalanes y vascos compartirán unas críticas sustancialmente idénticas en las que no variará a lo largo de los años sino el énfasis puesto en la denuncia. Por lo que hace al hecho nacional español, me parece igualmente mantenido un acusado sentimiento patriótico sujeto en este caso a una notable variación de fundamentaciones. Lo más significativo, sin embargo, es que este patriotismo apenas daría paso, ni en su primera juventud regeneradora, ni en su breve momento fabiano, ni en su lento camino hacia posiciones hiperconservadoras de signo

tradicionalista, a una auténtica actitud nacionalista. Adelantando la tesis de este artículo, estimo que su reticencia hacia el Estado, su progresivo antiliberalismo y el tradicionalismo final, son obstáculos que se interponen en el camino de un nacionalismo de signo liberal-democrático primero y de un nacionalismo conservador moderno después. Para ilustrar esta tesis trataré en la primera parte de mi exposición de resumir sus posiciones ante los nacionalismos periféricos en particular y el regionalismo en general; abordaré a continuación su actitud ante el patriotismo español y concluiré con un intento de aproximación a su visión general de la ideología nacionalista.

I. LOS NACIONALISMOS VASCO Y CATALÁN

En Hora de España se recoge un largo artículo con el título "El separatismo y la hegemonía vasco-catalana" que constituye la mejor síntesis de su actitud ante el tema en los primeros años de su actividad periodística. El separatismo no es el precipitado de unos pleitos históricos ni la simple consecuencia de las quejas de unos poetas nostálgicos del pasado, cuya voz sonaría en el desierto de no haber sabido conectar con modernos intereses. Ni tan siquiera es el lamento de un mundo en desmoronamiento: "No ha nacido el separatismo en Urgel o en Azpeitia, sino en Barcelona, ciudad de población heterogénea, y en Bilbao, villa en la que hace más de un siglo se ha olvidado el vascuence" (2). En esta primera aproximación, y sin perjuicio de las matizaciones que se introducirán después, queda claro también que el nacionalismo de catalanes y vascos no es cosa ni de los ricos ni de los pobres; es, ante todo, el pleito de "intelectuales" capaces de desplegar toda una compleja ideología con que disfrazar la persecución de particulares intereses: "¡Cuántos artículos furibundos contra Castilla se habrán escrito con los ojos del escritor fijos en un destino, desempeñado por un advenedizo!" (3)

Uno y otro nacionalismo, concluye Maeztu en clara coincidencia con el diagnóstico unamuniano, son reflejo de la incapacidad y la cobardía que impiden a las regiones de mayor dinamismo económico ponerse a la cabeza de la sociedad, y el Estado españoles, pese a que en España se ha producido un gran cambio que coloca a vascos y catalanes en inmejorable posición para imponer su liderazgo. Ramiro de Maeztu, tan agudo a la hora de subrayar las conexiones de los distintos nacionalismos a los intereses materiales de intelectuales y funcionarios, se constituye así en abanderado de una causa de conquista del centro por la periferia que difícilmente podía ajustarse mejor a las ambiciones del escritor alavés dispuesto, en primera instancia, a hacerse un lugar al sol en la difícil vida periodística madrileña.

En 1899 aporta algunas interesantes observaciones complementarias a las recogidas en este breve ensayo. El sustrato del regionalismo no es otro que el que

anima a las peores manifestaciones del Estado, y lejos de ser un instrumento de regeneración, se limitará a ser el medio a utilizar por unas complejas clases medias que no ven satisfechas sus necesidades dentro del régimen de la Restauración; en la medida en que aumentan los sectores de población no directamente involucrados en el sistema productivo, cree Maeztu, se hará más amenazante la opción regionalista (4). En otro artículo del mismo año (5) insistirá en estos argumentos, aunque reconociendo la existencia de una elemental incitación al regionalismo que va más allá del hambre de poder y de destinos de escritores, abogados y pequeños rentistas con aspiraciones centradas en los presupuestos públicos: "El natural deseo de defender la riqueza propia frente a la miseria del vecino". Este, sin embargo, es un camino equivocado, porque las burguesías vasca y catalana necesitan de un mercado nacional que puede verse dinamizado por una reforma de Castilla para la que Maeztu confía en estos años en la explotación de potenciales recursos mineros.

La solidaridad española, tan necesaria para capitalistas como para proletarios (6), debe asentarse en la conquista de España por la burguesía periférica. Y si esta necesidad de solidaridad no fuera razón suficiente para justificar el rechazo de los nacionalismos de tendencia disgregadora, en otro momento de 1899 llamará la atención sobre los riesgos de parálisis política implícitos al discurso regionalista: "Es imposible llegar a la afirmación de la personalidad ideológica, idiomática y política de Cataluña y las Vascongadas, sin provocar una excitación espiritual que consuma durante largos e irremediables años la casi totalidad de catalanes y vascongados. Y esto es lo horrible" (7).

Su preocupación por el regionalismo se ve notablemente reforzada en el caso vasco. Maeztu nunca manifiesta concesiones al vasquismo inicial que encarna el "bizkaitarrismo" sabiniano. En 1897 se refiere ya al "nativismo agresivo" y a la vulgaridad de un nacionalismo vasco, "... ideal hidrófobo y absurdo, pues que en el fondo sólo consiste en el odio que los nativos de un país suelen profesar a los inmigrantes que les disputan el salario" (8). A distancia de un primer Unamuno interesado por el sentimiento vasquista y considerado por Maeztu en 1899 como un representante del regionalismo más aceptable (9), nuestro autor denuncia una y otra vez el componente antiindustrial y antimoderno de los "bizkaitarras" (10), enemigos al fin de unos intereses vascos imbricados en el conjunto de la vida española"(11).

El primer Maeztu está interesado en desmitificar, en contra de idealizaciones a lo Mañé i Flaquer, la situación del campo vasco (12) no perdiendo ocasión de criticar el oportunismo de unos nacionalistas dispuestos a utilizar las tensiones sociales en su crítica al gobierno "Bilbao íntimo", 8-11-1903, XX (13). Estas actitudes, innecesario es recordarlo, en nada obstaculizan su mantenida lealtad a los intereses del País Vasco moderno e industrial; como es bien conocido, Maeztu será uno de los cantores más entusiastas de Bilbao, de ese Bilbao en que, escribía ya en 1899, "... sobre la cima de las chimeneas vibrará la lira del poeta y vibrará desde lo

alto... Ayuden a la obra de la vida los que la hubieran comprendido. Así se acercara el advenimiento del apogeo artístico, fase última y suprema de toda civilización" (14).

Ramiro de Maeztu mantuvo siempre una vinculación con el País Vasco reflejada, entre otras cosas, en su habitual colaboración en la prensa del País a lo largo de los años republicanos. Y es precisamente en sus colaboraciones en la prensa vasca donde se refleja mejor su mantenida antipatía por el "bizkaitarrismo". Impugnador del sentimiento de unidad territorial de los vascos (15), convencido del significado racista del discurso sabiniano (16), de su componente mimético en relación a la experiencia catalana (17) y de su carácter manipulador de una historia mal conocida por el apóstol nacionalista (18), Maeztu apreció en escasa medida la evolución producida en el seno de este complejo movimiento ideológico y social; orgulloso del significado de un españolismo vasco con asiento destacado en su querido Bilbao (19), en sus años de madurez no vio en el nacionalismo de los herederos de S. Arana sino parte de la conjura separatista-bolchevique que amenazaba al ser mismo de España. Una vez más, dirá en 1934, los españoles pagan por el olvido de su historia en la forma de unas tensiones disgregadoras a las que no se había sabido oponer sino un discurso revolucionario ajeno al auténtico sentir nacional: "Soy de los que creen que el separatismo ha surgido por haber abandonado los españoles su tradición; por abandono, por desidia" (20).

Esta continuidad en la oposición al vasquismo insolidario con el resto de España no puede impedir, sin embargo, el mínimo de sintonía con él derivado de la común movilización del pasado por parte de sabinianos y tradicionalistas. En los años treinta, el mundo rural vasco ya no puede ser el dibujado en la crítica a Mañer i Flaquer, sino el lugar en que "sus duques han respetado a sus caseros y sus caseros a sus duques" (21). Y así se producirá la paradoja de que, mientras el nacionalismo alcanzaba en esos años su aproximación a los sectores modernos de la sociedad vasca, el inicial cantor del industrialismo de Bilbao se replegaba hacia la movilización de una sociedad de hidalgos y señores cada vez más alejada de los primeros planos de la vida pública del País. Un repliegue coherente con sus obsesiones de estos años en relación a los efectos perturbadores del maquinismo, la superproducción y el abandono de la tierra; y adecuado también a su estética filonobiliaria, singular conclusión en cierta medida de un viejo aristocraticismo de raíces intelectuales.

En su enfrentamiento a la opción catalanista hay algún elemento de singularidad respecto a su crítica al nacionalismo vasco. Ya en 1899 se refiere a la naturaleza contradictoria de un nacionalismo catalán que se han apresurado a subrayar todos sus críticos desde la polémica sostenida por Núñez de Arce con Almirall: "Hay en este catalanismo, dice Maeztu, una mixtura de agua y fuego, de corderos y lobos, de trovas y aranceles, tan inconsistente ante el análisis, como incomprensible al corazón" (22). Es probable que en su intento de atraer a los

empresarios catalanes hacia la vida española se produzca uno de los tasados descubrimientos del joven Maeztu del valor del Estado (23). Nuestro autor es un adelantado en el reconocimiento del papel de Lerroux como agente de movilización y modernización políticas en la vida catalana (24) y manifiesta una no desdeñable penetración psicológica al poner al descubierto la decisiva importancia de una "buena conciencia" catalanista que, en la crítica a Madrid y a la vida castellana, cree encontrar el fundamento para un poco justificado despliegue de autosatisfacción colectiva. El primer Maeztu, que poco tenía que aprender de los más radicales catalanistas a la hora de hacer la crítica del mundo madrileño, terminará procediendo a una rectificación en sus juicios sobre la vida de la capital que suministrará a su vez motivos complementarios de divergencia con el catalanismo.

II. EL PATRIOTISMO ESPAÑOL

La crítica inmisericorde a los nacionalismos periféricos no se traduce en el Maeztu de juventud en una apuesta en favor del nacionalismo español de signo liberal. Obstáculo significativo para esta empresa es un difuso anarquismo "tory" que le hace ver en el Estado, instancia naturalmente receptora de la lealtad generada por un sentimiento nacionalista de preferente, signo político, uno de los obstáculos básicos al proceso de europeización y modernización de la vida española. Superado el paréntesis fabiano de los años inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial, se renovará su aversión al Estado liberal-democrático y tomará cuerpo su apuesta en favor de una utopía corporativa. "La crisis del humanismo", ensayo de indudable originalidad en algunos aspectos, sienta las bases de su deslizamiento hacia un Estado de "democracia orgánica"; la idealización de los gremios y el respeto por los principios de "función" y "Jerarquía" le conducirán a la definitiva ruptura con un orden liberal que se aspira a sustituir por un vago ideal de organización política tradicional no necesariamente coincidente con las experiencias fascistas que habrán de surgir poco después.

Si el anarquismo "tory" de la juventud dificulta la utilización de un nacionalismo de signo liberal, el neotradicionalismo de madurez obstaculiza la asunción de un nacionalismo conservador moderno. Los nostálgicos del antiguo régimen, en España y fuera de España, son siempre reticentes a una movilización nacionalista vista como herencia de la revolución liberal. Desde las instancias tradicionistas se recela del componente moderno de cualquier nacionalismo, y hasta la obra de M. Barrès, incluso la de Ch. Maurras, está bajo sospecha a los ojos de los "caballeros de la legitimidad". Inmediatamente voy a tratar de dar cuenta de la visión teórica del fenómeno nacionalista en Maeztu; pero me interesa ahora ilustrar el hecho de que las debilidades de su discurso nacional no son obstáculo para el despliegue de un más vago sentido patriótico, de una identificación emocional con la realidad española, que permanece constante a lo largo de su obra.

La reacción ante el pleito cubano tiene componentes de indudable originalidad. El Maeztu de entonces representa toda una "tercera vía" entre los defensores de la españolidad de la isla y los escasísimos partidarios de su independencia. Identificado en principio con los primeros, su asunción de la separación es el resultado del escepticismo respecto a las posibilidades de una participación definitiva por vía política o militar. El abandono no es el tributo pagado a la mejor razón de los secesionistas, sino el reconocimiento de una situación de hecho: "En estos tiempos hacen más milagros las varas de medir que la lanza del valeroso D. Quijote" (25). Si Maeztu se manifiesta en sus primeros años de periodista como un auténtico anticlerical, este anticlericalismo puede explicarse, y andando los años tendrá mucho interés en subrayarlo, como consecuencia del conflicto que él adivina entre los intereses de la patria y la Iglesia; mientras las manifestaciones eclesiásticas sean un obstáculo a la vida económica y al mundo del dinero, España tendrá en su Iglesia un límite a su engrandecimiento (26).

El Estado es el gran enemigo de este Maeztu de juventud: "... ese asilo de bohemios, de tullidos y de vagos que se llama Estado" (27) está dificultando el desarrollo de un capitalismo para el que es indispensable, dada la imposibilidad de suprimir el artefacto estatal, proceder a su drástica reducción. Hay un conflicto objetivo entre la patria y el Estado y "obra patriótica es la de intentar reducir el Estado, y por patriótica deberán aplaudirla los que miren a lo alto" (28). Estamos ante una constante en la obra de Maeztu que no se debilitará, acaso lo contrario, con el paso de los años. El Estado contemporáneo, dirá en una ocasión remedando la ocurrencia de D. Antonio Maura, "es la lista civil del sufragio universal" (29). Hay que oponer al Estado-botín, el Estado-realidad en la visión de Maeztu, el Estado-servicio, el imaginado por su utopía tradicional. Desinteresado Por los problemas de la igualdad en un sentido moderno, poco sensible a las cuestiones relativas a la creación de libertad a cargo de los poderes públicos, siguió viendo toda su vida en el Estado la "conspiración de los funcionarios" o, lo que podía ser peor, el instrumento de los pobres y los débiles contra las clases industriales y honradas que acostumbran a solventar sus problemas sin necesidad de la intervención administrativa.

La persistencia de esta apasionada enemiga al Estado a lo largo de los años treinta (30) ni siquiera se suaviza con su identificación con el fascismo, particularmente con el régimen hitleriano (31) , para la que no será obstáculo una teórica resistencia al racismo (32) compensada sobradamente por la admisión de todos los tópicos de un antisemitismo vulgar firmemente instalado en su pensamiento. Solamente las posibilidades del Estado como aparato de represión (33) implican alguna ocasional rectificación de una actitud incapaz de comprender en todo momento la existencia, no ya de una lealtad liberal-democrática al artefacto estatal, sino las posibilidades de unas ideas de servicio público u "honor funcional"

firmemente instaladas en significativos sectores de la mentalidad conservadora, de la época.

Volviendo al Maeztu de juventud, conviene señalar que el inevitable tono arbitrista de su regeneracionismo se complementa con la hasta cierto punto original manifestación de optimismo respecto al futuro de España. Ante el frívolo "dictum" de Lord Salisbury, nuestro hombre prefiere responder con una irónica sonrisa (34). "Si yo supiera, escribiré poco después, que con nuestra sensatez o nuestra locura sólo podemos alargar los días de una nación decrepita y de todos modos moribunda, si el pesimismo que envenena el ambiente llegara a invadirme, asestaría mi puñalada a la patria enferma. Lo haría sin añoranza y sin remordimientos, cumpliendo mis deberes con la vida universal, causa de causas, que de muertes se alimenta. Pero no...; tengo una fe profunda en los destinos españoles y en la fuerza de la raza" (35). Un optimismo que se concreta en su esperanza sobre el renacer castellano (36) y que le lleva a él, movilizador por excelencia en su madurez de las pasadas glorias hispanas, a pedir la clausura de unos debates históricos que nada pueden ayudar al resurgir de la vida española (37) En este contexto, la causa del europeísmo no solamente es compatible a sus ojos con la defensa del patriotismo español, sino que Maeztu no dudará en afirmar en algún momento la posibilidad de que la confianza en Europa pueda ser el escenario de una reconciliación nacional de todos los españoles (38).

No son solamente el difuso anarquismo "tory" y las crecientes distancias respecto a la cosmovisión liberal los elementos que disponen al Maeztu de juventud y de primera madurez hacia una actitud de cautela respecto al nacionalismo. Su marcado elitismo intelectual y las peculiaridades "tecnocráticas" de su defensa del industrialismo, tienen que resultar invitaciones complementarias a la vigilancia respecto a una ideología y un movimiento político que, desde las coordenadas liberal-democráticas, suponen una movilización social y política que no siempre es vista como obligada, mucho menos como deseada, por los defensores de un proceso de modernización capitalista (39)

Su patriotismo de los años treinta, su singular nacionalismo español del periodo hiperconservador, presenta una apreciable continuidad con los sentimientos de fondo de la etapa de juventud en esta materia; difieren notablemente, sin embargo, los argumentos que alimentan esos sentimientos. La clave de su patriotismo está en el descubrimiento de la tradición: "Lo que aprendí en el extranjero fue una cosa: que, en los pueblos cristianos, la tradición es el fundamento del progreso. Por lo visto hacen falta muchos años para aprender verdad tan simple" (40), un poder orientador de la tradición que brinda Maeztu a su viejo amigo Pío Baroja: "Bueno, D. Pío, Hemos sido como niños perdidos en el bosque. A dónde íbamos? Orientarse es buscar la dirección a donde, desde hacía mil años, se encaminaba nuestra patria" (41). Menéndez Pelayo es el guía de una afirmación

patriótica (42) en que el ideal de la tradición se concreta en la identificación con el catolicismo y su Iglesia y con la causa de la Hispanidad.

III. LA VISIÓN GENERAL DEL NACIONALISMO

Si se hace abstracción del caso español, el nacionalismo no es una ideología y un movimiento político que atraiga la especial atención de Maeztu. En su juventud, sentada su hostilidad por los nacionalismos periféricos de España y su adscripción a un genérico patriotismo español, no podrá encontrarse una preocupación ante el tema paralela a su interés por el socialismo, el anarquismo o las transformaciones de la ideología liberal, una actitud que encaja por otro lado con la despreocupación por consideraciones filosóficas o culturales sobre el pasado español, tal como ha señalado E. Inman Fox" (43). Puede decirse que Maeztu descubre tarde las potencialidades instrumentales de la ideología nacional. Y cuando lo haga, no le interesarán sus posibilidades como medio de cohesión social, como garante del mejor funcionamiento del Estado o como vía de movilización en favor de procesos de modernización económica y social. En su etapa de madurez el nacionalismo se limitará a ser un arma más de defensa social, y ello con supeditación a otros expedientes ideológicos más del gusto de la cosmovisión tradicionalista.

Si dejamos a un lado el paréntesis fabiano ilustrado en la colección de textos "Liberalismo y socialismo" (ver infra), y nos situamos ante su ensayo de 1916, "la crisis del humanismo", podemos constatar este desinterés por la nación y el nacionalismo. La defensa del pluralismo y del equilibrio de poderes visible en este libro se complementa con el diseño de una utopía gremialista en que está en germen el programa tradicionalista de años posteriores. Las referencias al nacionalismo en "La crisis del humanismo" se emparejan con una denuncia del poder de la burocracia, el sector social nacionalista por excelencia: "De su posición misma se deduce el que (los burócratas) tienen que formar en cada Estado la clase nacionalista y patriótica por antonomasia. Para las demás clases sociales la idea nacional de un Estado soberano es un ideal desinteresado, sentimental y romántico (44). Una equiparación de nacionalismo y burocracia que, conocida la enemiga de Maeztu hacia ésta, dice bastante de su valoración de aquél. Esta actitud es coherente con la mantenida a lo largo de los primeros años veinte, cuando, a propósito del caso francés, habla de la nación como "...la diosa cruel que adoran los nacionalistas de los tiempos modernos" (45) o cuando, a la hora de buscar alguna diferencia con el incipiente fascismo italiano, no se le ocurre otra que su excesivo apego a la ideología nacional: "No me gusta su nacionalismo, porque veo en el nacionalismo la localización y el empequeñecimiento de la divinidad" (46).

"Defensa de la Hispanidad" es un libro retórico, poco organizado, "escrito sin disciplina" y susceptible de integrarse en toda una línea de pensamiento

mítico-reaccionario más próxima a los viejos profetas de la contrarrevolución (L. de Bonald, J. de Maistre, J. Donoso Cortés) que a los modernos teorizadores del nacionalismo conservador (M. Barrés, quizá el propio Menéndez Pelayo) o del nacionalismo reaccionario de corte moderno (Ch. Maurras). Son demasiado conocidas las proclamas de este libro, auténtica Biblia de nuestro nacionalcatolicismo, como para hacer necesario un resumen de sus argumentos. Me limitaré por ello aquí a llamar la atención sobre la teoría de la nación y del nacionalismo explicitada en sus páginas.

La patria, es ya sintomática la preferencia de este sustantivo en relación al de nación, supone un hecho heterogéneo integrado por unos datos "ónticos" (territorio y raza) y unos datos de carácter espiritual o valorativo. La nación, la patria de Maeztu, no puede ser considerada como un hecho natural que, al modo de la familia, se impone como una realidad insoslayable para la vida política. Niega el carácter natural u "orgánico" de la nación puesto que, al fin y al cabo, las gentes y las tierras no son sino los materiales con que aquélla se construye. Por simpático que le pueda resultar el ideal nacionalista barresiano, al Maeztu de los años republicanos tiene que parecerle al fin demasiado "naturalista", excesivamente despiritualizado. Ni que decir que el viejo planteamiento voluntarista, al modo convencionalmente atribuido a Renan, le resulta todavía menos aceptable. Y tampoco puede ser la nación el precipitado de la historia bajo la atenta mirada de ese "gran truchimán" de los hechos nacionales, son palabras de Ortega, que es el Estado. Al fin, la patria no es sino espíritu: "... el ser de la patria se funda en un valor o en una acumulación de valores, con los que se enlaza a los hijos de un territorio en el suelo que habitan" (47).

Las conclusiones de esta definición son de largo alcance. Por de pronto, el supuesto ideal herderiano capaz de atribuir un respeto universal a todas las realidades nacionales, carece de sentido (48). El respeto a las naciones es inseparable del espíritu que encarnan. En el caso español su espíritu es, en última instancia, Dios; y la tradición resulta el instrumento capaz de manifestar el camino que debe seguir la patria para hacerse acreedora a su misma existencia. Esta exaltación religiosa se constituye en obstáculo y en límite para un nacionalismo de carácter secularizado: "No es probable que el espíritu territorial llegue jamás entre nosotros a monopolizar el patriotismo. Queramos o no queramos, los pueblos hispánicos tenemos una patria dual: territorial y privativa en un aspecto; espiritual, histórica y común a todos, en el otro" (49). El ideal nacional, resulta estrecho al Maeztu tradicional y espiritualista de la madurez. El patriotismo, escribe en otra ocasión, debe ser "... alimento del alma, ensanche espiritual, disciplina del carácter y fijación del puesto que nos toca en la vida" (50); pero dejando siempre a salvo el lugar subordinado de la nación cuando entra en contacto con las regiones superiores del espíritu: "A la religión, que es nuestra patria espiritual, sigue la patria terrena, con su unidad de espíritu y de materia, de historia y de solar, de tradición y de

esperanza. La Patria no la siente la Tradición española con el concepto repelente y exclusivo de los revolucionarios franceses..." (51).

Defiende en este punto una clara singularidad española. En ocasiones parece envidiar la solidez del patriotismo francés, pese a los riesgos de sus manifestaciones externas; pero aclara de inmediato que no sería un ejemplo a seguir por España, en que el patriotismo religioso no consiguió transformarse en territorial (52). A la hora de enfrentarse a la llamada de Ledesma Ramos a favor de un nacionalismo aliberal, moderno y secular, coherente con el discurso fascista, Maeztu no deja de acusar el impacto del "Discurso a las juventudes de España", aunque recurrirá a los costes que el patriotismo territorial ha ocasionado a nuestro país en el siglo XVIII (pérdida del Imperio) o en la crisis cubana (53), para reivindicar una vez más el carácter inseparable de religión, monarquía y nación española.

Mi impresión es, como adelantaba al principio de este artículo, que el Maeztu dominado por el sueño de la tradición y por la mística del catolicismo no puede ver el nacionalismo sino con la desconfianza propia de los nostálgicos de un mundo perdido para los que el discurso nacional sigue estando en amenazante proximidad a una cosmovisión liberal-democrática que se quiere destruir. Ciertamente que a la altura de los años treinta eran muchos los que habían descubierto las potencialidades de la ideología nacional cara a una empresa de restauración y hasta de reacción. Pero el catolicismo de la franja más conservadora de la derecha española necesitará todavía algún tiempo para acabar de digerir las potencialidades de una exaltación del Estado y la nación como sustitutivo de su fidelidad al Trono y el Altar. En esta actitud no está sólo Maeztu, tal como se desprende del análisis de los contenidos de la revista "Acción Española" realizado por R. Morodo (54), aunque sea especialmente visible en él su desconfianza de fondo ante el discurso nacional. Un punto éste que abre la cuestión, insuficientemente considerada, de la compleja posición de la Iglesia católica española en nuestro proceso de construcción nacional a lo largo del siglo pasado y el primer tercio del XX (55).

En conclusión, el nacionalismo puede valer para nuestro autor en estos años, a modo de "patriotismo militante", contra el riesgo de disolución social o contra la amenaza de tensiones secesionistas. Ante las embestidas al Estado, dirá en alguna ocasión, hace falta "... una voluntad nacional" (56), deliberada, 'barroca', elaborada, en que se quiere la unidad nacional". Una manifestación de este "patriotismo militante", la idea de la Hispanidad, puede resultar el mito soreliano que permita a los españoles sentir un ideal (57). Pero la auténtica misión del nacionalismo español, "en sentido espiritual y no material" (58), no puede ser otra que la de constituirse en auxilio a ideales de espiritualidad situados más allá de la contingencia de la patria. Función que ya apuntaba en un interrogante del Maeztu de 1917: "Aquí una pregunta en voz muy baja: ¿consistirá la esencia de todo nacionalismo sano y duradero en considerar la nación como un medio para la realización de fines

superiores a los mismos intereses nacionales?" (59). Harán falta unos años para que esos fines superiores alcancen su plena concreción en "Defensa de la Hispanidad".

NOTAS

- (1) Remito al lector a la nota bibliográfica como ilustración de este interés. En un ámbito tan reducido como es el entorno de mi propio Departamento universitario, hay en este momento dos investigaciones en marcha en torno a la personalidad político-intelectual de Maeztu; una, la de Javier Varela amigo y compañero de Departamento, a quien agradezco muy sinceramente la generosidad con que ha puesto a mi disposición parte de su valiosa colección de artículos de Maeztu; otra, la de Pedro Carlos González, autor de una notable tesis doctoral, de momento inédita, sobre el grupo Acción Española.
- (2) "El separatismo peninsular y la hegemonía vasco-catalana", I (el número romano remite al libro de la bibliografía anexa en que está recogido el artículo o ensayo citado. En ausencia de este número romano, se cita directamente de la publicación correspondiente).
- (3) Idem.
- (4) "Nuestra cuestión social", 24-4-1899, XX.
- (5) "Cataluña y las Vascongadas ante España", 16-8-1899, XX.
- (6) "Solidaridad Española (1)", 22-9-1899, XX.
- (7) "Solidaridad Española (2)", 29-9-1899, XX.
- (8) "El socialismo bilbaíno", 16-7-1897, XX.
- (9) "Solidaridad española (3)", 18-10-1899, XX.
- (10) "Solidaridad española (2)", 29-9-1899, XX.
- (11) "Bilbao: el fin de un regionalismo" 14-9-1901, XX.
- (12) "El oasis regionalista", 11-11-1901, XX.
- (13) "Bilbao íntimo", 8-11-1903, XX.
- (14) "Bilbao", 1899, XII.
- (15) "Alava y Euzkadi", 1-3-1934, XVIII.
- (16) "Aranzadi humorista", 10-9-1935, XVIII.
- (17) "Los tres cortes", ABC, 20-1-1934.
- (18) "El fiasco nacionalista", ABC, 29-1-1934.
- (19) "Veinticinco años", 1-5-1935, XVIII. Siempre atribuirá la menor importancia del nacionalismo vasco en relación al catalán a la firme posición de los vascos "españolistas" en defensa del Estado y la nación españoles.
- (20) "Los vascos, no", 31-8-1934, XIV.
- (21) "Dios, patria, rey, fueros" 18-10-1934, XVII
- (22) "Solidaridad española (2)", 29-9-1899, XX. En su discurso de 1886 en el Ateneo de Madrid, decía Gaspar Nuñez de Arce: "Simultáneamente teocrático y racionalista, monárquico y republicano, idólatra de los pasados tiempos y ardiente defensor de los principios proclamados por la revolución francesa, el particularismo catalán no es más, en resumen, que la reunión fortuita de dos exageraciones irreductibles, juntas, pero no confundidas, como dos fieras dentro de la misma jaula..."

". Me he referido a esta polémica en "Un debate nacionalista: Nuñez de Arce contra Almirall" en Estudios de teoría sociológica en Homenaje a Luís Rodríguez Zúñiga . Madrid, CIS, 1993.

(23) "Por Cataluña", 30-4-1904, XVIII.

(24) "Primero, política (3)", 18-2-1910, XXI.

(25). "¿Qué se debe hacer en Cuba?", 6-8-1897, XX.

(26) "El dinero frente a la Iglesia", 26-3-1899, XX.

(27) "El dinero frente al Estado", 25-7-1899, XX.

(28) "La nación contra el Estado", 9-4-1899, XX.

(29) "La lucha por el Estado", 26-1-1933, XVII.

(30) De entre sus colaboradores en ABC pueden destacarse a este respecto sus artículos "El Estado caro" (11-2-1933), "El fisco y la crisis" (23-2-1933), "El Estado-Molloch" (12-5-1933), "Crisis de fondo" (22-3-1934), "Cortes y Tesoro" (24-3-1934), "O la paz social o la lucha de clases" (4-4-1934) y "Crisis sin fin" (9-3-1935).

(31) Entre las decenas de artículos publicados en ABC sobre el fascismo, destaca la admiración hacia la capacidad de liderazgo de Hitler, la comprensión para la causa expansiva de Alemania e Italia, las simpatías por Japón y el Portugal de Salazar y la esperanza en una internacional fascista capaz de poner límite a la amenaza bolchevique. Sus simpatías por los regímenes de Hitler y Mussolini exceden en mucho a sus reticencias; constituye en este sentido una auténtica manipulación de su obra la pretensión de sus editores conservadores de diluir sus afinidades con el fascismo a lo largo de la II República.

(32) Además de sostener el carácter adjetivo del racismo hitleriano ("Mentiras", ABC, 19-3-1933), se enfrentará directamente a las teorías racistas, entre otros artículos, en "12 de octubre" (ABC, 11-10-1935).

(33) Por ejemplo, en "Lucha de clases" ABC, 13-10-1934.

(34) "Sobre el discurso de Lord Salisbury" 1898, I y XII.

(35) "Españolismo joven" 3-9-1899, XX.

(36) "Batalla aplazada", 6-7-1900, XX.

(37) "Historia que desune", 5-3-1903 y "Por Cataluña", 30-4-1904, XX.

(38) Obreros e intelectuales, 1911, XXI.

(39) El impulso modernizador y capitalista compatible con el giro conservador de sus visiones políticas persiste en Maeztu hasta el inicio de los años treinta. Tiene mucho interés rastrear la conexión de este momento "tecnocrático-conservador" de nuestro autor (coincidente en líneas generales con su defensa del "sentido reverencial del dinero") con las posiciones modernizantes dentro del nacional-catolicismo español expresadas por el Opus Dei. Las personalidades de Maeztu y Mons. Escrivá de Balaguer presentan algunos curiosos paralelismos en diferentes aspectos. Sobre este punto puede verse, entre otros estudios, el reciente de A. BOTTI: Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España. 1881-1975. Madrid, Alianza Universidad, 1992. Se trata de un sugestivo trabajo, especialmente interesado en la "otra cara", la capitalista-modernizadora, del complejo político e ideológico que se ha dado en llamar nacionalcatolicismo. El aspecto más discutible del estudio de Botti es su tendencia a presentar esta línea de nuestra tradición nacional poco menos que como la manifestación fundamental y casi exclusiva del nacionalismo español de los siglos XIX y XX.

(40) "El poder de la mentira y la generación del 98", 25-5-1935, XVIII.

(41) "Ideal y tradición", 15-1-1935, XVIII.

(42) "Menéndez Pelayo", 10-7-1932, XVIII. La obra de madurez de Maeztu, desde los años veinte, está plagada de elogios a la personalidad del polígrafo santanderino. De todas sus rectificaciones, quizá una de la que más le interese subrayar es la que tiene que ver con un juicio de juventud en tomo a la significación intelectual de Menéndez Pelayo. Es interesante comprobar que, del mismo modo que en el caso de Costa, la cualidad seguramente más destacada en ambos estudiosos es la del patriotismo.

(43) E. INMAN FOX, estudio preliminar a XX.

(44) Pág. 344, VI.

(45) "Francia y el nacionalismo", El Sol, 14-12-1920.

(46) "Un fascismo ideal", El Sol, 1-11-1922.

(47) Defensa de la Hispanidad, P. 995, VIII.

(48) Sobre la negación del supuesto carácter igualitario de los hechos nacionales, "Voluntad y nación", ABC, 6-5-1932 y "Desigualdad de las naciones", ABC, 14-9-1935. Su crítica a la Sociedad de Naciones tiene en esta idea su argumento más destacado. No puede pasarse por alto el contraste de esta crítica con el contenido de sus crónicas en El Sol de finales de 1920 a inicios de 1921.

(49) Defensa de la Hispanidad, p. 1016, VIII.

(50) "Patriotismo", 6-7-1934, XVI.

(51) "Dios, patria, rey y fueros", 18-10-1934, XVII.

(52) "El sufragio", ABC, 26-12-1933.

(53) "El patriotismo", ABC, 1-9-1935.

(54) MORODO, R.: Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española. Madrid, Alianza Universidad, 1985.

(55) El lugar del catolicismo en el discurso nacionalista es quizá la raya que divide las posiciones entre nueva y vieja derecha radical a lo largo de los treinta. Una también interesante aproximación a este punto en el libro citado de A. BOTTI.

(56) Citado por V. MARRERO, estudio preliminar a XVI.

(57) Especialmente en el capítulo "España y Don Quijote" de VII. Sobre este tema, y entre otras colaboraciones en El Sol, sus artículos "Nuestros ideales" (27-6-1922) y "El ideal" (3-2-1925).

(58) "Ni pesimistas ni optimistas", 18-5-1936, XI.

(59) "Los yanquis en la guerra", 1917, XII

NOTA BIBLIOGRAFICA

A. La obra de Ramiro de Maeztu

Una elemental distinción es la que debe establecerse entre los libros y folletos aparecidos bajo la responsabilidad del autor y aquellas recopilaciones y antologías de sus textos que vieron la luz después de su muerte. Para facilitar al mismo tiempo la información del lector y las citas del presente

artículo, paso a enumerar la totalidad de los libros y folletos correspondientes al primer grupo y aquellos del segundo que he manejado en la redacción de este artículo.

- I. Hacia otra España, Bilbao, 1899. Se cita por la edición de Rialp, Madrid, 1967. Antología de los escritos del primer Maeztu.
- II. Los pobres y el Estado, 1909. No he podido consultar este libro del que da noticia D. Gamallo Fierros. Recogería 36 artículos en que se comenta la legislación asistencial británica.
- III. La revolución y los intelectuales. Madrid, 1911. Folleto en que se recoge la conferencia del mismo título dictada en el Ateneo de Madrid el 7 de diciembre de 1910. Se cita por la edición de escritos de Maeztu preparada por E. Inman Fox con el título Liberalismo y socialismo (textos fabianos de 1901 a 1911) (ver infra). En el año 1911 se publica también el folleto Debemos a Costa, en que se recogen siete artículos sobre la personalidad y la obra del erudito aragonés.
- IV. Obreros e intelectuales. Folleto en que se recoge la conferencia del mismo título dictada en Barcelona el 5 de marzo de 1911. Se cita por el libro de la entrada anterior.
- V. Inglaterra en armas. Una visita al frente. Londres, Darling and Son, 1916. Recoge crónicas de guerra aparecidas en "La Prensa" de Buenos Aires y en "La Correspondencia de España" de Madrid.
- VI. La crisis del humanismo. Primera edición inglesa de 1916 con el título Authority, Liberty and Function in the Light of War. Se cita por Obra de Ramiro de Maeztu (ver infra).
- VII. D. Quijote, D. Juan y la Celestina. Primera edición de 1926. Se cita por la edición de Espasa Calpe, Madrid, 1981. Recogido también Obra de Ramiro de Maeztu. El libro fue publicado previamente, en forma de artículos, en "La Prensa" de Buenos Aires.
- VIII. Defensa de la Hispanidad, 1934. Publicado en forma de artículos en "Acción Española". Se cita por Obra de Ramiro de Maeztu.
- IX. El arte y la moral. Discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el 20 de mayo de 1932. Recogido en Obra de Ramiro de Maeztu.
- X. La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua de 30 de junio de 1935. Recogido en Obra Ramiro de Maeztu.

Recopilaciones y antologías posteriores a su muerte:

- XI. En vísperas de la tragedia. Madrid, Cultura Española, 1941. Prólogo de J.M. de Areilza. Recoge las colaboraciones de Maeztu en el diario "La Epoca" de enero a julio de 1936. Estos artículos se publicaron con el pseudónimo "Cualquiera"
- XII. España y Europa. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1947. Edición y nota preliminar de M^a de Maeztu. El hilo conductor de la selección de textos es el intento de buscar el máximo posible de continuidad en el pensamiento del autor.
- XIII. "Antología de textos" monográfico de Cuadernos Hispanoamericanos dedicado a R. de Maeztu, núm. 33-34, 1952.
- XIV. Frente a la república. Madrid, Rialp, 1956. Selección y estudio preliminar de G. Fernández de la Mora. Los artículos más representativos, en opinión del editor, publicados por Maeztu, en ABC de 1931 a 1936. El estudio preliminar de G. Fernández de la Mora, "Maeztu y la teoría de la revolución", fue publicado como libro aparte en el mismo año y por la misma editorial.
- XV. Defensa del espíritu. Madrid, Rialp, 1958. Estudio preliminar de A. Millán Puelles. En este libro trabajaba Maeztu en el momento de su asesinato en Madrid. Recoge escritos publicados en Acción Española y otros artículos de prensa diaria.

- XVI. Las letras y la vida en la España de entreguerras. Madrid, Editora Nacional, 1958. Selección realizada bajo la dirección de V. Marrero de críticas y comentarios literarios.
- XVII. El nuevo tradicionalismo y la revolución social. Madrid, Editora Nacional, 1959. Selección de textos realizada bajo la dirección de V. Marrero.
- XVIII. Obra de Ramiro de Maeztu. Madrid, Editora Nacional, 1974. Estudio preliminar y selección de V. Marrero. Constituye la publicación más importante de los escritos de nuestro autor. De entre los libros publicados en vida de Maeztu se incluyen La crisis del humanismo, D. Quijote, D. Juan y la Celestina, Defensas de la Hispanidad y los discursos de ingreso en las Academias de Ciencias Morales y Políticas y de la Lengua. Se recogen también diferentes recopilaciones y antologías que habían visto la luz en forma de libros de conformidad con un dudoso criterio didáctico. Entre ellas, Autobiografía, El sentido reverencial del dinero y Defensa del Espíritu.
- XIX. Los intelectuales y un epílogo para estudiantes. Madrid, Rialp, 1966. Selección de textos realizada bajo la dirección de V. Marrero.
- XX. Artículos desconocidos. 1897-1904. Madrid, Castalia, 1977. Selección y estudio preliminar de E. Inman Fox. Importante recopilación de artículos ilustrativos del primer Maeztu.
- XXI. Liberalismo y socialismo (textos fabianos de 1909 a 1911). Madrid, CEC, 1984. Selección y estudio preliminar de E. Inman Fox. Recoge, además de otros artículos, las dos conferencias citadas de 1910 y 1911 en Madrid y Barcelona.

Entre otras antologías aparecidas en Editorial Nacional y Rialp bajo el impulso de V. Marrero que no se citan en el presente artículo, cabe anotar las siguientes: Un ideal sindicalista, Con el directorio militar, Liquidación de la monarquía parlamentaria y Norteamérica desde dentro.

B. Estudios sobre Ramiro de Maeztu

Particularmente importante resulta la pionera crónica de la vida y la obra de Maeztu publicada por D. Gamallo Fierros con el título "Hacia un Maeztu total" (Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 33-34, 1952). Se trata de un artículo de más de doscientas páginas repletas de una información a la que, en determinados aspectos, plantea algún reparo E. Inman Fox. Gamallo Fierros es autor de otro trabajo posterior sobre el tema: "Un olvidado ciclo de conferencias de Maeztu en 1902" (Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 291, 1974), así como la minuciosa y exhaustiva bibliografía, a la altura de 1952, incluida en el número monográfico de Cuadernos Hispanoamericanos. La biografía más conocida sobre Maeztu es la publicada en 1955 (Madrid, Rialp) por su principal editor, V. Marrero. Aunque, como antes decía, resulten muy dudosos los criterios editoriales de Marrero, no se le puede negar su insuperada contribución al conocimiento de los escritos de nuestro autor.

Inmediatamente después de Gamallo y Marrero, es obligada la referencia a los numerosos trabajos de E. Inman Fox centrados en el primer Maeztu. Se ha hecho ya referencia al, en mi opinión, más importante estudio de Fox sobre el tema, el publicado como estudio preliminar al libro Artículos desconocidos. Previamente había publicado Fox un artículo sobre "R. de Maeztu y los intelectuales" (Revista de Occidente, núm. 51, 1967) y "Una bibliografía anotada del periodismo de R. de Maeztu" (Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 291, 1974), en la que se da noticia comentada de 435 artículos del autor aparecidos de 1897 al 4 de enero de 1905. En el año 1974 publicó también "Maeztu folletinista" como prólogo a su novela La guerra del Transvaal y los misterios de la Banca de Londres. (Madrid, Taurus, 1974). Ha considerado también Fox las relaciones de Maeztu con otros intelectuales españoles en "Maeztu y Unamuno: notas sobre dos intelectuales de 1898" (en La crisis intelectual del 98. Madrid, Edicusa, 1976) y "Sobre el liberalismo socialista (cartas inéditas de Maeztu a Ortega y Gasset, 1908-1915)" (en Homenaje a J. López Morillas. Madrid, Castalia, 1981). Este último trabajo, reeditado con ampliaciones en Ideología y política en las letras españolas de fin de siglo (Madrid, Espasa Calpe, 1988), sirvió también, con algunas obligadas variaciones, como estudio preliminar a la antología arriba citada Liberalismo y socialismo.

El resto de la bibliografía sobre Ramiro de Maeztu puede agruparse en dos grandes bloques.

Por un lado, los primeros estudios sobre su obra, animados por un claro ánimo conservador -cuando no abiertamente reaccionario- e interesados por el Maeztu maduro; de otro, la preocupación por el Maeztu de juventud que ha tenido en Fox su mejor comentarista. Dentro del primer bloque tiene particular importancia el número monográfico ya citado de Cuadernos Hispanoamericanos con colaboraciones, entre otros, de Lequerica, Mons, Vizcarra, Giménez Caballero, el P. Félix García, J. Pemartín, J. López Ibor, Marqués de Quintanar, E. Tierno Galván, G. Fernández de la Mora, Yanguas Messía y Gamallo Fierros. He hecho ya alusión a las aproximaciones de J.M. de Areilza y Fernández de la Mora. A ellas se podría añadir el artículo del P. Venancio Carro, "El R. de Maeztu que yo conocí" (Punta Europa, núm. 102, 1914) y la extensa conferencia de Fraga Iribarne, "Maeztu: un conservador organicista" (recogida en su libro El pensamiento conservador español. Barcelona, Planeta, 1981). Puede destacarse también la breve pero emotiva semblanza escrita por E. Vegas Latapié y recogida en Conmemoración del centenario de D. Ramiro de Maeztu. Madrid, Instituto de España, 1974. En esta publicación se recoge también la intervención menos interesante de José M^a Pemán en el acto conmemorativo organizado por dicho Instituto.

Por lo que hace al segundo bloque, habría que anotar, entre otros, el radical artículo de C. Blanco Aguinaga, "La otra España de Maeztu", recogido en Juventud del 98. Madrid, Ed. Crítica, 1978; las referencias de J.L. Granjel en Panorama de la generación del 98. Madrid, 1959 y "Baroja, Azorín y Maeztu en las páginas de "El Pueblo Vasco" en Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 109, 1959 y el breve estudio de R. Pérez de la Dehesa, El grupo Germinal: una clave del 98. Madrid, Taurus, 1970. El último trabajo aparecido sobre el primer Maeztu quizá sea el de J.M. Fernández Urbina, "El otro Ramiro de Maeztu", Cuadernos de Alzate, núm. 9, 1988.

J.L. Abellán ha subrayado la continuidad entre los dos Maeztu en "Ramiro de Maeztu y la voluntad de poder" en Sociología del 98. Barcelona, Península, 1973. Un encuadramiento de la obra del Maeztu tradicionalista dentro del pensamiento conservador y reaccionario de los años treinta puede verse en los estudios ya citados de R. Morodo (Los orígenes intelectuales del franquismo...) y A. Botti (Cielo y dinero...). En 1984 se publicó un libro colectivo con el título En torno a Ramiro de Maeztu (Biblioteca L. de Ajuria, Vitoria) de desigual interés. Una breve semblanza de nuestro hombre es la ofrecida, desde una perspectiva muy conservadora, por L. Aguirre Prado, Ramiro de Maeztu. Madrid, Prensa Española, 1976. Muy documentado en cuanto a su objetivo concreto es el estudio de E. Gutierrez, El impacto del mundo anglosajón en la obra de Ramiro de Maeztu. University Microfilms International, An Arbor, 1983. Entre otros estudios que no he tenido oportunidad de consultar, podrían citarse los de M. Nozik y F.G. Wilson.

Dado el papel desempeñado por Maeztu en las letras españolas desde finales del siglo pasado al inicio de la guerra civil, resulta evidente su condición de referencia obligada en todos los estudios sobre la cultura española de la época. Particularmente importantes son las alusiones a su obra en los escritos de sus coetáneos (P. Baroja, Azorín, Ortega y Unamuno especialmente).